EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 13359

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24
MIERCOLES 30 DE ENERO DE 1907

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. J. Jones*, 31, Faubourg-Montmartre.

EL ARSENAL DE CARTAGENA

Aumento de jornales

La prensa del Departamento del Ferrol, lo mismo que sus autoridades vienen trabajando con una perseverancia y un entusiasmo digno de elogio, en pro de los intereses de aquel Arsenal, una de las mejores factorías navales del mundo.

«Hay que aumentar, —dicen, — el jornal que gana el obrero en pago á sus servicios, á sus aptitudes y á sus méritos, impidiendo así que elementos muy valiosos abandonen los talleres en busca de mayores horizontes que les auguren un porvenir que aquí se les niega»

Igual petición tenemos que hacer para los obreros de nuestra Maestranza, una de las más castigadas en lo que respecta á sueldo.

Operarios hay en este Arsenal con ocho ó diez años de servicios, de buenos servicios, y al cabo de ese largo período, cuenta al sábado, día de pagamento, con la cantidad de 9'60 pesetas, producto de seis jornales á razón de 1'60 pesetas.

Idoneidad profesional la tienen demostrada, perseverancia y buena conducta también; y, sin embargo, ni se les paga como merecen ni se les premia como fuera justo. Más aún: ni siquiera se les garantiza su estabilidad ni esos seis días de trabajo á la semana. Durante gran parte del año último sólo cinco días trabajaban en ella.

Modo muy sencillo existe de que tamaña injusticia vaya desapareciendo, sin que se grave el presupuesto asignado para jornales de la Maestranza. Todos los meses, por término medio, se registran bajas definitivas en el personal obrero por diversos conceptos. El importe de jornales de estas bajas pudieran ser en su 50 por 100, repartido en aumentos y admisiones, y de este modo sin gravar en lo más mínimo el citado presupuesto, se obtendría justamente remunerada una maestranza idónea y siempre relevada por el elemento joven, tan necesario pues no se improvisa, que necesariamente hay que educarlo para que con el tiempo pueda ser útil y llenar de modo indudable su cometido.

Para alcanzar estos beneficiosos resultados, se precisa el estímulo de protección, y las dignísimas autoridades de Marina del Departamento, que no desconocen los medios de poner fin á este estado anormal, son las llamadas á evitar que obreros laboriosos é inteligentes vayan abandonando el Arsenal en busca de más lucrativos medios de vida.

La fiesta del árbol

El aplauso de una madre

No por la bondad de mi artículo de ayer, titulado «La fiesta del árbol»,—¡cómo me lo pusisteis de erratas, amigos cajistas!—sino por la idea que en él lanzaba y defendía, ha sido magnificado con una amable carta, que no por anónima, encierra menos valor para mí. El perfume que de ella se desprende, fino, suave, aristocrático, y la letra menudita y nerviosa denota que ha sido escrita por una mujer; la corrección de su estilo y su absoluta carencia de faltas ortográficas, me dicen que esa mujer es ilustrada; y los aplausos que en la carta me tributa (¡Dios le pague á usted, señora, la satisfacción que con sus elogios me ha hecho disfrutar!) y el entusiasmo con que acoje la idea de que se celebre anualmente en esta ciudad «La fiesta del árbol», demuestran, bien á las claras, ser cierto el pseudónimo con que oculta su nombre: se firma *Una madre de familia*, y nada más que una madre, en efecto, puede expresarse en los siguientes términos:

«A esta ciudad, á la que puede darse cualquier dictado encomiástico sin pecar de hiperbólica ridiculez, le falta para ser realmente bella, lugares espaciosos con grandes plantaciones de árboles, á cuya sombra puedan jugar los niños al par que aspiren balsámicos aires que les fortifiquen y robustezcan. En Cartagena, las infelices criaturitas no tienen otro sitio para sus juegos y correlas que la glorieta de San Francisco, en donde, á más de otros inconvenientes, molestan á los transeuntes, se exponen á ser atropellados por los ciclistas que allí se ejercitan en su sport favorito, y no pueden realizar ninguna... chiquillada sin que la figura, para ellos aterradora, de un guardia municipal, venga á poner miedo en sus débiles corazones. Los niños, como los pájaros, necesitan para vivir y gozar, de árboles frondosos, de aires puros y de libertad de acción. Prohibiciones y advertencias, como las que en la ciudad hay que hacerles: «no toquéis esto», «no piséis por ahí,» «no hacer.. *eso* en ese sitio», etc., etc., llegan á molestarles tanto y le son tan perjudiciales como el enrarecido ambiente en que respiran y el polvo que se les introduce en los pulmones.

Prosiga usted, señor Marabotto, en su nobilísima empresa; abogue cuanto sea necesario—por medio de artículos razonados y lógicos como el de ayer; hablando con autoridades y personas influyentes; pidiendo, rogando y hasta exigiendo, si es preciso en nombre de la Higiene y de la Salubridad pública—para que la «Fiesta del árbol» se implante y arraigue, y las madres de familia, para quienes lo más principal es la salud y el desarrollo de sus hijos, le vivirán eternamente agradecidas».

* * *

Corre y entusiasma comencé ayer la campaña en favor de que anualmente se celebre en esta ciudad, la culta y civilizadora «Fiesta del árbol»; mas después de la carta recibida, han acrecido mis entusiasmos y... una de dos: ó veo acogida y patrocinada mi idea por entidad ó personas que sean garantías de éxito, ó seguiré insistiendo sobre ella un día y otro día hasta que llegue la consumación de los siglos, ó yo reviente.

Y ahora, ustedes, señores directores de las Escuelas Graduadas, don Félix Martí y don Enrique Martínez Muñoz, y usted, señor médico higienista don Leopoldo Cándido, así como sus colegas, los redactores de la «Revista Popular de Higiene», ¿quieren decirme su opinión sobre la «Fiesta del Arbol?

José M.ª Marabotto.

LECTURAS FEMENINAS

MUJERES COCHEROS

París.

¡Emilio Castelar!

¿Quién lo había de decir! ¡El gran campeón de todos los adelantos, de todas las democracias, de todas las libertades, siendo causa de que se aplace en París la implantación de un progreso!

A él, y sólo á él, se debe que á estas horas París no haya contemplado el sugestivo espectáculo de las «mujeres cocheros».

París tiene una calle que lleva el nombre de Emilio Castelar.

Una de esas «mujeres» lo ignoraba, y por ignorarlo recibió ayer estupendas calabazas en el examen teórico á que la había sometido la prefectura del Sena.

—

Los «simones» parisienses sufren, antes de posesionarse de sus sendos pescantes, dos exámenes: uno teórico y otro práctico.

¡Saber la geografía de París! El propio Reclus sucumbiría ante semejante prueba.

Se puede saber en dónde se hallan todos los mares del mundo, y todas sus islas, y todos sus ríos y todas sus montañas. Eso está al alcance de medianas inteligencias.

¿Conocer los rincones de la «ville lumière?» Eso queda reservado para los moñetudos «simones» de la gran ciudad.

«Fiacres» se llaman ellos, por la misma razón que se llaman «simones» los de Madrid.

El examen práctico no es más sencillo: uno de sus ejercicios consiste en guiar un coche en un gran patio lleno de muebles y de cachivaches.

El éxito está en bordear todos los obstáculos sin tropezar con ellos.

Pocos son los candidatos que logran autorización para el ejercicio de su profesión en el primer examen.

Las «candidatas» han fracasado en su empeño y tendrán que someterse á nuevos exámenes.

—

En París hay 30.000 «fiacres»

Ruedan diariamente por sus calles unos 22.000.

Esa cifra enorme da idea del colosal movimiento en la capital de Francia.

Los coches de alquiler son propiedad de unas cuantas grandes Compañías. La principal de ellas es La Urbana.

Los cocheros, los que poseen el «título» de cochero... los que pasado, en suma, por la Sorbona, alquilan por un precio determinado, diario, los coches á las Compañías y los explotan por su cuenta.

Los coches, en particular los coches de La Urbana, están bien acondicionados. Todos tienen neumáticos y llevan en el interior, en invierno, depósitos de agua caliente.

Sus caballos, unos caballos pequeños, de insignificante estampa, corren mucho.

Los caballos están llamados á desaparecer. Los «fiacres» automóviles aumentan por días, y dentro de poco serán dueños de París.

—

El tipo de los cocheros es un tipo clásico: gordos, colorados, moñetudos, están todos apopléticos.

Sus libreas son de distintos colores: cada Compañía tiene el suyo.

Las libreas de la Urbana son grises. Todos llevan, en todo tiempo, enormes sombreros de copa, de hule. Algunos de esos sombreros son blancos.

Los cocheros de París tienen el genio de la injuria. Pasan la vida insultándose unos á otros.

No se ha dado aún el caso de que se hayan ido de las palabras á las obras.

Con esos insultos desahogan todas sus iras, y ello les permite ser disciplinados en sus relaciones con la autoridad pública.

En medio de la barahunda enorme de los grandes bulevares, la aparición de la característica batuta de los agentes de la Paz basta y sobra para que, por arte mágico, se paren en firme todos los coches.

Ese mismo espíritu de disciplina llévalos á guardar constantemente su derecha.

Si eso no sucediera, serían imposible, completamente imposible para los míseros mortales que andan á pie, el atravesar las grandes avenidas la avenida de los Campos Elíseos, por ejemplo.

—

Los «taxímetros» han realizado una revolución en el precio de los «fiacres».

Antes las carretas costaban un franco 50 céntimos, y por la hora se pagaban 2 francos.

Los «taxímetros» han suprimido esas tarifas.

Ahora se pagan los «fiacres» por kilómetros.

Los 1.000 metros primeros, 75 céntimos, y cada 400 metros más, 10 céntimos.

Los servicios que no son muy largos resultan más baratos que antes.

Los servicios largos cuestan más caros.

Cuando los coches están parados, marcha el «taxímetro» á razón de 10 céntimos por cada 3 minutos.

El «taxímetro» constituye, para quien utiliza el coche, una amenaza terrible.

Según se van corriendo metros, van saltando en una gran esfera los números que anuncia el importe del servicio.

¡Setenta y cinco céntimos primero!...

¡Después noventa y cinco!...

¡Enseguida un franco cinco céntimos!...

Es la vida que se va, es el dinero que se disipa, es la agonía, es la muerte.

El «taxímetro» producirá enfermedades cardiacas.

—

¡Las mujeres cocheros!... Todo el mundo las espera con impaciencia.

Su aparición por las calles de París constituirá un acontecimiento.

¡Emilio Castelar tiene la culpa de que no disfrutemos ya de este pintoresco espectáculo!

¿Cuál es el camino más corto para ir desde la calle de Emilio Castelar á la plaza de la República?

Esa fué la pregunta concreta del tribunal que presidía los exámenes.

La candidata titubeó, balbuceó algunas palabras sin sentido, y no supo contestar.

¡Un enorme «suspenso» cayó sobre su cabeza!

Juan de Dios.

Poetas jóvenes

LA CANCIÓN INMORTAL

Por Adolfo Bello.

I

No os impacientéis, poetas,
ni os torturéis el alma
para arrancar de su ignorado fondo
la canción inmortal
que os ha de conducir á la alta cumbre
de la soñada gloria. Vuestros cantos,
por sublimes que sean y por ¡ay!, sabedlo, en los dominios infinitos
del tiempo morirán, serán fugaces
aún más que la hermosura
de la mujer querida,
y más que la alegría canadorosa
de vuestra juventud.

II

Yo bien sé de qué fibras tan sensibles
vuestro gran corazón está formado,
y sé cómo una fuerza misteriosa
os hace esclavos del pensar sin tregua.
En las eternas noches invernales,
yo os adivino insomnes,
clavadas en la sombra las pupilas
como pidiendo luz,
y sintiendo llegar hasta la médula
la soledad y el frío.
Porque pensáis en Dios,
porque quisierais ver qué despertaban
á vuestra voz humilde

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA 40

llegáramos á verla fabricada; nos encontremos con algún nudo, con algún tropezón.

—Déjese usted de nudos. Cuando se presenten los pasaremos ó los cortaremos—le contesté yo enseguida.

CAPITULO II

Primera fabricación de la cavorita

Pero los temores de Cavor carecían de fundamento, por lo menos en lo que se refería á la fabricación. El 14 de octubre de 1899 quedó efectivamente descubierto el modo de hacer esta extraordinaria substancia.

Por un azar extraño, la cavorita se formó por accidente y en el momento en que Mr. Cavor menos lo esperaba. Mi sabio amigo había fundido una mezcla de metales y otras cosas—¡cuánto daría por conocer ahora la fórmula!—y se proponía mantener la mezcla en fusión durante una semana, y entonces dejar que se enfriase lentamente.

A menos de que hubiese algún error en sus cálculos, el último estado de la combinación debía presentarse cuando la materia descendiese á una temperatura de 60 Fahrenheit; pero sucedió que,